

## **Nuevos retos para viejos principios: desafíos de la autonomía y el pluralismo en la ciencia política de Uruguay**

**Adolfo Garcé**

*Universidad de la República, Montevideo*

Autonomía y pluralismo fueron los dos principios fundamentales sobre los que se edificó la ciencia política en Uruguay desde mediados de los ochenta hasta ahora. El principio de la autonomía es muy fácil de explicar. La forja de la ciencia política requirió un doble proceso de independencia. En primer lugar, se trató de ganar la autonomía respecto a otras ciencias sociales. Se afirmó, en este sentido, que para entender lo político, era necesario ir más allá de los aportes de otras disciplinas como la economía, la sociología política, el derecho o la historia política. En segundo lugar, la construcción de la disciplina requirió un trabajoso desprendimiento respecto a los longevos, poderosos, omnipresentes, partidos políticos uruguayos. La nueva disciplina nació y se legitimó socialmente argumentando que era posible ofrecer una mirada neutral, descontaminada de intereses partidarios, respecto a la lucha por el poder.

El segundo de los cimientos sobre los cuales se edificó la ciencia política uruguaya fue el pluralismo. Este rasgo fundacional no fue consecuencia únicamente de los distintos perfiles y trayectorias de los académicos que la fundaron, sino también resultado de un esfuerzo deliberado, en particular, en la forja del Instituto de Ciencia Política de la Universidad de la República en Montevideo, la institución clave en la vida de la disciplina. El pluralismo de la generación de los fundadores animó debates históricos, controversias teóricas y discusiones metodológicas

intensas. En ese ambiente fermental, polémico y abierto, se formaron los primeros politólogos *made in Uruguay* quienes, con los años, adquirieron crecientes responsabilidades en la reproducción de la disciplina.

Hoy, a 25 años del proceso fundacional, los principios fundacionales de la autonomía y el pluralismo enfrentan nuevos desafíos por diversas razones. En lo que sigue quisiera explicar este desarrollo y abogar, sin dramatizar, por no descuidar su necesaria preservación.

### **La forja**

El desarrollo de la ciencia política exhibe al menos un par de paradojas llamativas. Años atrás, Romeo Pérez Antón, uno de los fundadores de la disciplina en Uruguay, señaló la primera de ellas: Uruguay tiene algunos de los partidos políticos más longevos del mundo y una vida política intensa; sin embargo, el desarrollo de la ciencia política ha sido muy tardío en comparación con otros países (como Argentina, por ejemplo). Pérez Antón sugirió que es probable que haya existido un vínculo entre ambos procesos: la potencia, la calidad del debate teórico entre los partidos, habría conspirado contra el desarrollo de una disciplina específica. También es posible, agregaría yo, que el ardor, la virulencia, la intensidad de la competencia política entre los partidos haya terminado conspirando contra el proceso de legitimación de una mirada independiente, autónoma, con pretensión de neutralidad respecto a las luchas por el poder entre los partidos.

La crisis política que derivó en la instauración del régimen autoritario fue el telón de fondo de la irrupción de los primeros trabajos con vocación politológica. Dos abogados, Carlos Real de Azúa y

Aldo Solari, pese a no haber pasado por programas de formación ni en ciencia política ni en sociología, fueron quienes sentaron las bases de la investigación en estas disciplinas durante los años sesenta. Precisamente siguiendo las huellas de estos dos notables pioneros, la ciencia política empezó a despegar durante la década siguiente. Esto nos conduce a la segunda paradoja anunciada a comienzos de este apartado: la dictadura, lejos de bloquear el desarrollo de la nueva disciplina, contribuyó a su despegue. Este efecto operó de dos maneras. En primer lugar, en el contexto de la represión, muchos universitarios emigraron, y siguiendo en el exilio los estudios de posgrado en ciencia política, lograron tejer redes académicas que terminaron favoreciendo el desarrollo ulterior. En segundo lugar, aquellos académicos que optaron por permanecer en el país se refugiaron en los centros de investigación privados. Trabajando en instituciones como el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH), el Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo de Uruguay (CIEDUR), el Centro de Investigaciones Económicas (CINVE) y el Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay (CIESU), gracias al incremento del flujo de fondos de la cooperación internacional derivado del contexto dictatorial, dieron un impulso importante al desarrollo de la investigación en ciencia política.

### La institucionalización

Es sobre la base de estas acumulaciones académicas como, a la salida de la dictadura, se formó el Instituto de Ciencia Política (ICP), primero dentro de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, y luego, una vez que Ciencias Sociales se desgajó de Derecho, como uno de los departamentos

académicos de la nueva facultad. El ICP es la institución fundamental en el desarrollo de la disciplina. Impulsó la actividad de enseñanza (grado, maestrías, doctorado), diversos programas de investigación en múltiples áreas (estudio de las instituciones políticas, teoría política, administración y políticas públicas), y las primeras publicaciones de la disciplina (entre las que se destaca la *Revista Uruguaya de Ciencia Política*). Además, bajo la dirección fundacional de Jorge Lanzaro, su *alma mater* por más de una década, logró tomar distancia de la “filosofía del compromiso” propia de los universitarios de los sesenta y construir una interacción mutuamente beneficiosa con las élites políticas.

Algunas instituciones privadas también han desempeñado un papel muy importante en el despegue de la ciencia política. Las empresas especializadas en los estudios de opinión pública (como EQUIPOS-MORI, CIFRA y FACTUM, entre otras) hicieron una contribución muy importante. La precisión de sus mediciones y el acierto de sus pronósticos electorales facilitaron que los dirigentes políticos, los medios de comunicación y el público aprendieran a valorar el aporte de la nueva disciplina. Las universidades privadas han pasado a impartir clases de ciencia política y puesto en marcha programas de investigación. En este sentido, se destaca el esfuerzo que viene realizando la Universidad Católica para reunir y sostener un núcleo todavía pequeño pero muy calificado de investigadores.

Al cabo de este proceso se logró consolidar la disciplina en Uruguay. Además de la diversificación de instituciones en las que se cultiva la disciplina existen al menos otros dos indicadores muy significativos. En primer lugar, la Asociación Uruguaya de Ciencia Política (AUCIP) fundada en el año 2006, ha venido creciendo sistemáticamente y ampliando su actividad. La AUCIP cuenta actualmente con más

de 300 socios, realiza congresos cada dos años con creciente participación de extranjeros y mantiene una presencia permanente en el debate público doméstico. En segundo lugar, también ha aumentado de modo muy sensible la demanda de politólogos tanto desde el Estado para trabajar en distintos puestos de la administración pública como desde los propios partidos políticos como posibles candidatos, con lo cual se repite lo que ocurrió con los economistas hace 30 años, cuando los partidos, advirtiendo el prestigio social que estos académicos habían acumulado, empezaron a incluirlos en listas electorales. Por solo mencionar un ejemplo ilustrativo, durante las elecciones primarias celebradas el 1° de junio, una ex directora del ICP, Constanza Moreira, compitió con Tabaré Vázquez por la candidatura presidencial del Frente Amplio (FA).

### Las amenazas

La ciencia política uruguaya nació tomando distancia de los partidos. Gracias a eso se convirtió en una disciplina creíble y apreciada por el público. Esto, a su vez, hizo que los partidos intenten obtener el compromiso político de muchos politólogos. La presión hacia el alineamiento partidario no se ejerce sobre todos, sino sobre aquellos con más presencia en los debates coyunturales y quienes por su desempeño como analista lograron ganar más simpatía o confianza en el público. Muchos politólogos, a su vez, sabiendo que los partidos son actores fundamentales en el sistema político, terminan aceptando la invitación, cruzando el puente y declarando sus preferencias partidarias o permitiendo que sus nombres sean incorporados como candidatos en las listas de los partidos. Es así que el impulso inicial hacia la autonomía respecto a los partidos podría

perderse. A los politólogos les resulta cada vez más normal pasar de la academia a la política y del análisis, a la militancia política. Es imprescindible preguntarse qué consecuencias puede tener esto en la evolución futura de la disciplina.

La partidización de los politólogos no necesariamente impide que la disciplina prospere. El ejemplo de los EE. UU. es, en este sentido, muy claro. Allí la ciencia política tiene un desarrollo intenso sin que los politólogos oculten al público sus preferencias en materia ideológica o partidaria. Como los estudios más recientes sobre regímenes de conocimiento sugieren (me refiero específicamente a los trabajos de John Campbell y Ove Pedersen), algunas sociedades (como la francesa o la alemana) aceptan más fácilmente que otras (como la norteamericana y la uruguaya) otorgar al conocimiento científico un estatus de independencia respecto a los intereses de los grupos de económicos y de los partidos políticos. En Uruguay, es posible que los mismos factores que dificultaron durante décadas el establecimiento de la ciencia política (la potencia de los partidos, la omnipresencia de la competencia política) estén ahora minando las bases de la independencia de los politólogos respecto a los partidos. Es muy probable que este proceso de partidización sea inevitable dadas las características del régimen de conocimiento (*knowledge regime*) uruguayo. Y es posible que, como en EE. UU., esto no impida que la disciplina siga prosperando. De todos modos, el proceso de partidización es visible y es necesario explicar sus causas y reflexionar sobre sus consecuencias.

La ciencia política también nació y prosperó recostándose de modo deliberado en un espectro plural de visiones epistemológicas, teóricas y metodológicas. La trayectoria ulterior, sin embargo, muestra en este sentido tendencias contradictorias.

Por un lado, como consecuencia de la expansión de la disciplina, el pluralismo se ha reforzado. La disciplina se ha vuelto más diversa y dinámica desde el punto de vista de su objeto de estudio. Durante la primera década de vida del ICP (los años noventa), por ejemplo, los estudios sobre instituciones políticas (sistema electoral, partidos, régimen político) tuvieron un protagonismo especial. En segundo lugar, la disciplina se ha vuelto más diversa en términos de enfoques teóricos. Mientras que en los estudios sobre partidos predomina la variedad *rational choice* del neoinstitucionalismo, en las investigaciones sobre estructuras del Estado y políticas públicas se dejan sentir con mayor vigor otras corrientes como el neoinstitucionalismo histórico o discursivo. En tercer lugar, aunque se verifica una tendencia hacia una mayor utilización del método comparado, los estudios de caso siguen abundando. Finalmente, las técnicas cuantitativas conviven no siempre pacíficamente con las cualitativas.

Sin embargo, yo argumentaría que se trata de un pluralismo disciplinar incómodo, vergonzante, asediado. Es difícil definir la situación con precisión y sin cometer injusticias. Una forma de hacerlo que pretende ser elegante sería la siguiente: puede decirse que el pluralismo real, el que persiste tesonero en el terreno de las prácticas, convive con un discurso que lo cuestiona y constriñe. En Uruguay, como en la academia norteamericana, especialmente antes del “Movimiento Perestroika”, se ha vuelto especialmente potente en términos discursivos una forma específica de entender qué constituye una “buena” ciencia política. Según este enfoque, que en los pasillos suele etiquetarse como *mainstream*, hay distintas formas de hacer ciencia política, pero no todas son igualmente válidas. Algunos *a priori* epistemológicos (el positivismo), algunas corrientes

teóricas (el neoinstitucionalismo *rational choice*), algunas metodologías (la comparación de “N” grande), algunas técnicas (las cuantitativas) y formas de procesar la información (modelos formales y estadística) son considerados “más científicos” que otros. Dicho muy rápidamente: es una visión de la ciencia política fuertemente influida por la ciencias económicas (mejor dicho, por la visión que predominó en esta disciplina en las últimas décadas) y por las ciencias naturales.

Desde luego, las fuertes tensiones entre una práctica crecientemente plural y un discurso normativo con igualmente crecientes pretensiones hegemónicas no son una peculiaridad del caso uruguayo. Esta tensión se vivía fuertemente en la academia norteamericana antes del “Movimiento Perestroika” y se está viviendo en muchos lugares de América Latina y de Europa. Sospecho que para entender por qué ha tenido tanto éxito, durante la última década, el estudio de qué tipo de ciencia política estamos haciendo en la región es imprescindible empezar por señalar este conflicto entre prácticas y discursos. Para algunos, este nuevo campo de estudios es una forma de mostrar lo lejos que todavía estamos del arquetipo, el modelo al que supuestamente deberíamos tender si quisiéramos hacer “buena” ciencia política. Para los otros, ofrece una excelente oportunidad para volver a abrir viejos debates y para levantar barreras más resistentes contra el avance del *mainstream*.

### **Una oportunidad para los debates pendientes**

La ciencia política uruguaya se constituyó reivindicando su autonomía tanto respecto a otras disciplinas como en relación con los partidos. Nació y creció alojando sin vacilar miradas diversas. La autonomía

y el pluralismo fueron principios vertebrales de la construcción disciplinar. Ambos pilares, con el paso del tiempo, han empezado a agrietarse. Los partidos, cuyo poder viene de muy lejos, presionan. El *mainstream*, que desciende del Norte haciendo valer su autoridad, también. La situación está lejos de ser dramática. La disciplina sigue gozando de buena salud. Su prestigio sigue creciendo, dentro y fuera de fronteras. Sin embargo, lo peor que podemos hacer quienes queremos que este desarrollo no se interrumpa, es no construir un debate serio pero sereno sobre eventuales amenazas o problemas mal resueltos.

Deberíamos discutir entre nosotros más abiertamente sobre la tendencia a la partidización. ¿Estamos de acuerdo en este diagnóstico? En caso de estarlo, ¿a todos nos preocupa por igual o hay quienes consideran que ya no es necesario seguir cultivando la neutralidad político-partidaria de los primeros tiempos? También deberíamos debatir más y mejor acerca del pluralismo y su peripecia. ¿Estamos de acuerdo en que existe una tensión entre prácticas y discurso, entre pluralismo real y monismo discursivo? ¿Estamos de acuerdo, realmente de acuerdo, en que existen diversas maneras igualmente legítimas de concebir y practicar la ciencia política? ¿Coincidimos, de verdad, en que la mejor forma de seguir impulsando la expansión disciplinar es alentando estas diferencias e incentivando conversaciones inteligentes entre quienes las cultivan? Existe en toda la región un clima abierto a la discusión. Publicaciones como esta realizan una gran contribución en este sentido. Espero que sepamos aprovechar la “ventana de oportunidad” para dialogar entre nosotros acerca de los nuevos desafíos que están enfrentando los viejos principios fundacionales.